



3

Movimiento Okupa en Chile: Vigencia y proyección

Lazzaro Müller, Anton

Sociólogo. Magíster en Criminología

Universidad Pedro de Valdivia, Facultad de Enfermería, Chile.

Vargas Stuardo, Álvaro

Sociólogo. Licenciado en Sociología

Universidad Pedro de Valdivia, Facultad de Enfermería, Chile.

Correspondencia Lazzaro Müller, Anton e-mail: antonlazzaro@gmail.com

RESUMEN

A través de esta investigación se analiza el fenómeno Okupa en Chile, desde una perspectiva cultural, determinando su conformación como movimiento social y efectuando algunas proyecciones políticas, sociales y delictuales. Todas las sociedades, independientemente de su desarrollo, registran movimientos sociales a través de los cuales expresan diversas demandas, las cuales varían según sus propias características culturales, propias de su identidad. El objetivo de esta investigación es construir una aproximación teórica respecto al fenómeno Okupa en Chile, particularmente desde un prisma cultural mediante la aplicación de conceptos tales como cultura dominante, subcultura y contracultura.

En efecto, la literatura especializada, ha determinado que las distancias establecidas entre la cultura dominante o normativa y las estructuras contraculturales más que las subculturales, generarían las principales coacciones para la estabilidad y permanencia del orden social.

PALABRAS CLAVE

Okupa, cultura, contracultura, movimiento social.

Okupa movement in Chile: Validity and projection

ABSTRACT

Through this investigation, the Okupa phenomenon in Chile is analysed from a cultural perspective, determining its conformation as a social movement and making political, social, and criminal projections.

All societies, regardless of their development, register social movements through which they manifest a diversity of demands, which vary according to their cultural characteristics. This research builds a theoretical approach to the Okupa phenomenon in Chile, from a cultural perspective through the application of concepts such as dominant culture, subculture, and counterculture. Indeed, specialized literature has determined the distances established between the dominant or normative culture and the countercultural structures rather than the subcultural ones, would generate the main constraints for the stability and permanence of the social order.

KEYWORDS

Okupa, culture, counterculture, social movement.

INTRODUCCIÓN

El fenómeno Okupa, en cualquiera de sus aproximaciones teóricas y manifestaciones particulares, lejos de haber desaparecido en el plano local o internacional, aún puede ser observado en diversas localidades y contextos, presentándose como una problemática criminológica, sociocultural y policial, que no puede ser obviada ni negada, especialmente por sus efectos sobre los sistemas de control social. Este fenómeno, representa una vulnerabilidad que requiere de una revisión teórica oportuna con el fin de evitar los efectos adversos como ocurre con la metáfora de los cisnes negros, mediante la cual se describe cómo un suceso sorpresivo (para el observador) y de gran impacto, se racionaliza por retrospección recién después de ocurrido. El movimiento Okupa está presente en Chile, evidenciándose permanentemente a través de hechos descritos por un sinnúmero de fuentes abiertas, especialmente en la Región Metropolitana, Valparaíso, Biobío y los Lagos, entre los más destacados.

Esta investigación pretende ilustrar el fenómeno Okupa, como fenómeno cultural concreto. Es un movimiento social con rasgos históricos, ideológicos y políticos identificables, aunque diferenciales a nivel nacional e internacional. Además, se realizan algunas proyecciones sociales, políticas y delictuales que permiten adoptar una mirada especializada de su temática, con independencia de las magnitudes y percepciones que de ella se tenga. Para su comprensión se abordan conceptos de relevancia teórico social, aplicables al fenómeno de los Okupas en un nivel general y específico, como ocurre con los términos Cultura, Subcultura, Contracultura y Movimiento Social.

Para Anthony Giddens, la cultura tiene que ver con las formas de vida de los miembros de una sociedad o de sus grupos, por lo que incluye el modo de vestir, las costumbres matrimoniales y la vida familiar, las pautas laborales, las ceremonias religiosas y la forma de emplear el tiempo libre (Giddens, 2001). Doris Cooper define cultura como aquella compuesta por aspectos materiales y no materiales, es decir por elementos ideofactuales y manufacurales. Los elementos vinculados a la dimensión ideofactual están ligados al comportamiento mental, es decir, tanto a valores, afectos, percepciones, motivaciones, actitudes, creencias religiosas, conocimientos, mitos, prejuicios, estereotipos, entre otros, enmarcados en la ideología dominante, como matriz de toda formación social. Por otro lado, lo manufactual incluye todo lo realizado materialmente por el ser humano, contribuyendo a la metamorfosis de la naturaleza e insertándose en el campo de la transformación y la creación material (Cooper, 2007).

La cultura dominante o normativa como la llama Cooper hace referencia a un sistema de normas de conducta física y mental, incluyendo esencialmente valores, usos, costumbres, tradiciones, instituciones y leyes. Así las subculturas y contraculturas se asientan como subgrupos al interior de la cultura normativa, pero carecen de comportamientos totalmente consecuentes con los medios y con los fines de la cultura dominante (Cooper, 2007). Por consiguiente, debe definirse el concepto subcultura como todos aquellos “subsistemas que integran la macrocultura o cultura matriz e ideológica, y que poseen fronteras relativamente permeables, diferencialmente, según sea el grado de centralidad o marginalidad al interior a la cultura de pertenencia” (Cooper, 2007, p. 43). Esta definición permite interpretar las subculturas como grupos sociales que se segmentan a partir de una cultura dominante o matriz, con valores y normas sociales específicos y diferenciales, en razón de la existencia de un punto de quiebre en que estos grupos se conforman al compartir símbolos, normas, valores, gustos, modas, entre otros, de manera alternativa o al margen de la cultura matriz, generándose así un elemento central para vislumbrar y anticipar escenarios estratégicos, operativos o tácticos de índole policial que incluyen consideraciones criminológicas y socioculturales de pertinencia.

En el caso de las contraculturas, es posible sostener el mismo principio anteriormente expuesto para el caso de las subculturas. No obstante, en este caso se aprecian expresiones típicas que son más radicalizadas, menos permeables y con una profunda proposición ideológica de cambio social, que en lo fundamental proponen ir derribando a la cultura dominante, para luego reemplazarla con sus ideas y formas de accionar, tanto en lo social como en lo político.

Desde la Escuela de Chicago, Tieghi sostiene que las subculturas criminales se encuentran relativamente vinculadas a las pandillas juveniles, estructuras sociales organizadas que cuentan con sistemas de valores, normas y conductas compartidas que, finalmente, establecen su propia cultura, lo mismo ocurre con el fenómeno de las contraculturas antisistémicas, como las okupa (Tieghi, 1996). El Movimiento Okupa se define como una expresión contracultural, no solo por su inspiración y actividad en orden a la construcción de una nueva cultura popular urbana, sino que también por llevar adelante una reapropiación de la ciudad, con originalidad subversiva y desde el seno de las identidades culturales que conforman los grupos dominados u oprimidos. En tal sentido, lo fundamental en el movimiento son los espacios colectivos y una contracultura que se abre desde la autogestión de la vida doméstica y termina en la generación permanente de actividades de diversión, debate y expresión, congregando así a otros movimientos sociales (Ortega, 2005, p. 53).

Para comprender mejor el concepto de movimiento social es inevitable atender previamente al de comportamiento colectivo, que permite reconocer el motivo de la asociación entre este tipo de actores, con características que los compone como tales. Los comportamientos colectivos pueden consolidarse a través del tiempo como de corta y larga duración. Aquellos de corta duración están relacionados con grupos sociales con menos identidad y con una estructura organizacional conformada de manera más espontánea. Por su parte, los comportamientos ligados a grupos sociales de mayor duración, se vinculan una identidad más sólida y profunda, con una organización más definida y jerarquizada.

Javaloy define un movimiento social como “una colectividad que actúa con cierta continuidad para promover o resistir un cambio en la sociedad (o grupo) de la que forma parte” (Javaloy, Rodríguez & Espelt, 2001, p. 39), dando cuenta de tres elementos básicos que se desprenden de dicho enunciado: colectividad, continuidad y cambio social. Por colectividad se comprende a un movimiento social que presenta una desorganización estructural en su interacción, siendo en gran parte informal y teniendo un claro sentido de unidad, posibilitando así una acción común colectiva, pero no institucional. Respecto al factor continuidad, los movimientos sociales no limitan su actividad a un determinado hecho concreto, sino que desarrollan una establecida historia, manifestando algún nivel de organización, estrategia y compromiso. Simultáneamente facilita la continuidad de la identidad grupal, no obstante, se modifiquen elementos del propio movimiento, permitiendo así el surgimiento de creencias, valores compartidos e ideologías. Finalmente, el cambio social, expresa una motivación tanto de cambio o simplemente de resistencia a él, dicho cambio puede estar presente al interior del movimiento o en la sociedad misma (Javaloy et al., 2001).

Es posible clasificar los movimientos sociales teniendo como factor central el cambio que proponen, lo que varía según la motivación del movimiento y que se expresa en el objetivo de su conformación (Tabla 1). Se distinguen dos tipos de dimensiones: el grado de cambio social (parcial o total) y el tipo de cambio social, según afecte al individuo o a la sociedad (Javaloy et al., 2001).

Tabla 1. Tipos de Movimientos Sociales según el Cambio Propuesto.

	Cambio Individual	Cambio Social
Cambio Parcial	Alternativos	Reformadores
Cambio Total	Salvadores	Revolucionarios

Fuente: Elaboración propia en base a Javaloy et al. (2001)

Los objetivos pueden estar presentes en cuatro tipos de movimientos sociales, configurando grupos o movimientos, tal como se aprecia en la tabla 2.

Tabla 2. Objetivos de los Movimientos Sociales.

Tipos	Objetivos	Ejemplos
Reformadores	Reformas específicas en el orden social vigente.	Movimientos de reivindicación de género (feminismo).
Revolucionarios	Cambio radical en el orden social vigente por otro diferente.	Grupos subversivos o terroristas.
Alternativos	Corrección de déficit personal y hábitos nocivos. Nuevos estilos de vida.	Grupos veganos y/o vegetarianos contra el consumo de carne y matanzas de animales. Grupos ambientalistas.
Salvadores	Conversión del individuo y su total integración en el grupo.	Grupos religiosos y espirituales.

Fuente: Elaboración propia en base a Javaloy et al. (2001).

Según Touraine (2000) los movimientos sociales se generan por el conflicto que tiene el individuo por causa de las divergencias entre el universo económico y el universo cultural de la sociedad. De esta forma, el individuo trata de recomponer su capacidad de acción e ingresa a formar parte de los movimientos sociales.

MÉTODO

Los okupas: antecedentes históricos, ideológicos y políticos

El fenómeno de los Okupas tiene su antecedente como movimiento social de naturaleza contracultural, en las décadas de los años 60 y 70, especialmente en Europa, a través de la práctica regular de ocupación, de propiedades abandonadas, especialmente casas, lo que da origen a su nombre. Específicamente, el movimiento remonta su origen a Gran Bretaña (*squatters*), desde donde posteriormente se extiende a Alemania (*besetzers*) y a Holanda (*crackers*).

La particularidad de esta corriente en sus estados primarios radica en que es ejercida por personas o grupos más bien próximos a la marginalidad, que deciden iniciar una vida colectiva, no existiendo tras de ello un fundamento político o ideológico claramente identificable. No obstante, desde dicho estadio, el movimiento se anexa a las tradiciones contraculturales en correspondencia con su objetivo de creación de formas de vida alternativas al interior del sistema social que buscaban transformar. En este sentido, la ocupación de viviendas abandonadas se transforma en símbolo de emancipación juvenil y exploración de nuevas formas de vida comunitarias.

Durante la década de los años 70, coincidiendo con el advenimiento del movimiento punk, esta práctica asume características más definidas en un contexto ideológico y político, empleándose al interior de las comunidades inspiradas en éste, como un medio de obtención de un hogar o espacio habitable para el desarrollo de la convivencia en colectividad, como entorno de protección para su particular estilo de vida. Así el Anarcopunk, vertiente del punk más comercial, le entrega al movimiento Okupa su raíz ideológica y su expresión práctica de naturaleza anarquista, reflejadas primordialmente en las nociones de auto-gobierno, independencia del Estado, rechazo de pleno a la institucionalidad adultocéntrica: iglesias, militares, policía y escuela, así como también en el empleo de mecanismos de difusión ideológica y expresión de problemáticas de relevancia, de tipo artesanal y alternativos a los canales oficiales (ej.: fanzines).

Es necesario tener presente que el movimiento Okupa es de carácter libertario, es decir, se estructura en base al paradigma anarquista de una manera más bien impulsiva, sentimental o emotiva, guiándose así por un impulso más intuitivo que ideológico, factor que ha sido relevante en su alejamiento de las vías políticas tradicionales y su acercamiento a la construcción o adopción de caminos alternativos de expresión cotidiana o cultural. Lo anterior, explica la necesidad de examinar ineludiblemente los fundamentos ideológicos y políticos del anarquismo, toda vez que revelan en términos generales el sustrato teórico tras la acción más bien práctica del movimiento Okupa.

Como manifestación de raigambre anarquista, el movimiento Okupa se inspira en los postulados ideológicos básicos del Anarquismo Clásico, como ocurre con el Mutualismo, Colectivismo y el Comunismo Anárquico. El Mutualismo, corresponde a la negación de la propiedad ajena al trabajo, único medio legítimo de posesión. El Colectivismo, impone la distribución proporcional del fruto del trabajo en base a capacidad o méritos de cada cual, reservándose la tierra y los instrumentos de producción al uso común. Y el Comunismo Anárquico, supone la destrucción total de mecanismos salariales, produciéndose consecuentemente la colectivización y repartición total de los bienes.

De esta forma el movimiento Okupa se vincula a la noción de marginalidad voluntaria, como respuesta a las formas de vida, medios, fines y expectativas globalizados desde la medianía del siglo pasado por el Neoliberalismo que surge en reemplazo del Estado de Bienestar europeo tras la Segunda Guerra Mundial. La auto marginación, como principio, no significa la exclusión de las masas sociales sino que se traduce en determinados fenómenos que direccionan a nuevas alternativas o modos de vida para expresar horizontes y objetivos comunes alternativos, dando cuenta de un contexto histórico social donde se puntualiza el surgimiento de microculturas de rasgos juveniles y de dimensión transnacional, conexas a mecanismos de participación social que exceden lo tradicional (González & Labra, 2010).

En este mismo sentido, la matriz anarquista transfiere al movimiento Okupa sus bases políticas fundamentales, inspiradas en principios de solidaridad (para remediar los desequilibrios de la competencia monopólica) y apoyo mutuo (para la integración y promoción de la participación colectiva). De ellos se derivan entre otros sus postulados y consignas a favor de la revolución como instrumento de justicia social; la educación, el trabajo y la solidaridad como fuentes de una sociedad libre de ataduras provenientes de autoridades, religiones, bienes materiales, leyes y fundamentos de un hombre pleno de capacidades en razón de su vinculación a la comunidad, la autonomía del trabajo y la soberanía individual.

El principio de solidaridad se enarbola como un mecanismo de ayuda, defensa y resistencia contra el enemigo común, constituyendo el fundamento basal de su movimiento, el cual se presenta con un carácter policiasista en su convocatoria y sin clases en su finalidad. El poder del Estado se presenta como fuente de control y dominio, por tanto, debe ser abolido y no alcanzado. Dentro de la misma inspiración abolicionista se encuentra la eliminación del gobierno, la nación, los nacionalismos y las guerras entre Estados, como elementos de heteronomía, opresión y división entre los seres humanos, lo que también ocurre con la idea de Dios y la existencia de la religión.

La noción de libertad anarquista se entiende en un sentido de autonomía, vale decir, como la eliminación de todo aquello que implique una imposición de autoridad que se arroge el derecho a regir en condición de dominio o disposición la vida de los demás. En este orden de cosas se entienden las acciones de autogestión y de organización desprovista de excesivas jerarquías y burocracias, aunque surgiendo éstas en sus formas básicas aceptables desde el mismo grupo social y no desde el Estado. En este sentido, se concibe su rechazo a los procesos eleccionarios y a los partidos políticos. Unido a esta concepción autónoma de la vivencia y la convivencia humana, se enmarca el rescate de los derechos naturales del ser humano, aquellos anteriores a toda autoridad política, económica, religiosa o legal que no permite al ser humano desarrollar todas sus capacidades creativas. De ahí que el trabajo, uno de esos derechos naturales, se considere como el medio por excelencia de liberación y dignificación humana.

También vinculadas a esta noción de autonomía, se presentan las vías de acción propias de los movimientos de inspiración anárquica como los Okupas. Son expresiones de lucha sin intermediarios, mediadores o concesiones legales o hacia los actores propios de las instituciones tradicionales, con un alto grado de radicalidad y sin exclusión de la violencia de obra o de palabra. En estas vías de acción directa se traslada el eje de la acción más al sujeto que al cuerpo, sin perder de vista que el objetivo va en beneficio de toda la sociedad. Siempre en aras de la autonomía, la revolución anarquista debe alcanzar todas las esferas de la vida individual y grupal del ser humano, en pos del cambio personal y social que lleve a la liberación total del todo poder de génesis externa. Junto con esta gran vía de acción directa – la revolución – existen dos de gran importancia: La propaganda por el hecho (ej.: exaltación de la violencia y atentado terrorista individual) y la huelga general, como antesala de la revolución social ante la autoridad.

El uso de la violencia, en cualquier caso, es relativizado pues se estima no aporta a la superación de la condición moral del ser humano, aunque no es menos cierto que éste sea considerado un mal necesario para avanzar en la destrucción del sistema autoritario. Así, por ejemplo, una recuperación es un acto por el cual los okupas más radicalizados actúan en nombre de una reivindicación política, incluyendo acciones violentas, con el fin de reclamar ante el abuso, la desprotección o la falta de derechos del hombre, siendo que el Estado debió proteger y asegurar (Ortega, 2005).

El movimiento Okupa alcanza su definición más plena durante la década de los 90, momento en el cual se consolida en torno a una filosofía y a una praxis anárquica y libertaria, rechazando a las instituciones tradicionales, a los poderes fácticos y a la propiedad privada, especialmente de la tierra y el medio ambiente, a través de la ocupación de casas con el fin de transformarlas en espacios de difusión ideológica, talleres culturales o centros de reuniones o asambleas políticas, al igual que con los procesos de autogestión y estructuras de organización de tipo horizontal. También en este mismo período, se produce la mixtura de la conformación cultural propia de los adeptos a este movimiento, toda vez que se combinan los elementos de origen punk con los de otras tribus urbanas, especialmente la de los hippies, incluyendo

algunas vertientes políticas tradicionales. Así su ideología se va centrando en el contexto global de su inspiración anárquica, con elementos que dicen relación con el rechazo al fascismo, a la iglesia, a los militares y a toda forma que implique autoridad. Se afianza una propuesta concreta de transformación social basada en una forma de vida ecológica, la democracia libertaria junto a manifestaciones de cultura material alternativas.

La revista española “Ajoblanco”, en su edición de diciembre de 1992, presenta una definición precisa de lo que es la esencia misma del movimiento:

“Okupar es una forma de pensar y actuar ante las cosas (...) es no estar de acuerdo contra el sistema, denunciar los abusos del poder y plantear una alternativa a lo que no gusta (...) es decir no a un capitalismo que excluye al que no baila al son de la música, no querer trabajar para vivir y vivir para trabajar, no querer hipotecar toda una vida para poder decir esto es mío (...) es decir no a las autoridades, decir no a las jerarquías, decir vales por lo que eres y no por lo que tienes (...) es plantear cara a los que creen que está todo controlado (...) es querer y necesitar espacios libres donde crecer, realizarse y crear” (Citado en Feixá, Costa & Pallarés, 1999, p. 4).

Así, el sentido de la ocupación de casas abandonadas adquiere en esta fase una finalidad práctica y otra de expresión ideológica. En lo primero, servir tanto de hogar al que lo requiera por razones económicas o aspiracionales, como de espacio operacional abierto a la población para socializar actividades culturales. En lo segundo, liberar espacios del sistema dominante a fin de construir espacios alternativos en los cuales imperen tiempos, normas y valores propios, áreas vitales donde se logran objetivar las construcciones mentales internalizadas en los adscritos.

El principio de acción directa se concreta en los Okupas no sólo a través de la ocupación y desalojo de inmuebles, sino también por medio de las más variadas performances públicas o callejeras en las cuales se manifiestan las contradicciones de la sociedad que se pretenden cambiar. Destaca también la intensa vinculación de las colectividades Okupas con grupos pares o similares, nexo en el cual emplean todos los recursos que las nuevas tecnologías de la comunicación y la información les provee, destacando especialmente el profuso uso del Internet (Feixá et al., 1999).

Sociológicamente, el Okupa es caracterizado como un movimiento de fronteras difusas, compuesto por un conglomerado de grupos y redes adyacentes en los cuales los sujetos (principalmente entre los 20 y los 30 años) conforman identidad a partir de relaciones espontáneas y afectivas “donde lo importante (...) no es la historia que se construye contractualmente con otros individuos, sino el mito en el cual se participa” (Feixá et al., 1999, p. 5). Así su carácter contracultural se desprende de su discrepancia y desafío a la cultura dominante, representada por ejemplo en la idea del Estado moderno, desarmonía reforzada por un proyecto de cambio social a ejecutar en el presente inmediato, el cual más que un modelo claramente estructurado se plasma en un imaginario de sociedad fundada sobre nuevas bases éticas en relación con la naturaleza, los géneros, el cuerpo y las interrelaciones sociales y todas las demás dimensiones del ser humano.

RESULTADOS

Realidad Okupa internacional y nacional. La diferencia del caso chileno

En Europa el auge del Movimiento Okupa se produjo entre la década de los 80 y 90, especialmente en Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Alemania, no obstante, el fenómeno comienza a decaer hacia fines de los 90 cuando comienzan a entregarse viviendas sociales y a penalizar con cárcel la ocupación ilegal de inmuebles.

Mientras que en Italia el movimiento tiene impacto hasta hoy, siendo referente para países latinoamericanos, especialmente Brasil, Argentina y Chile, donde se les denomina Centros Sociales Autogestionados (viviendas, locales comerciales, fábricas, etc. ocupadas), los cuales se encuentran ligados fundamentalmente a las reivindicaciones políticas radicales y antigubernamentales. Sin embargo, es en España, especialmente en Cataluña, donde el movimiento logró su mayor trascendencia a nivel mundial, lo que llevó a ese país el año 1996 a penalizar con cárcel la ocupación y a autorizar los desalojos inmediatos, aun así, su modelo sigue predominando a nivel latinoamericano.

En Chile, bajo la inspiración española el movimiento se hace público en el año 1997 con la denominada “La Kasita” (Tarapacá con Santa Rosa, Santiago), alcanzando su auge a partir de año 2000 en adelante, momento en el cual adquieren notoriedad pública las ocupaciones de casas deshabitadas en Santo Domingo, entre Mac – Iver y Miraflores, Vicuña Mackenna con Camino Agrícola (“La Marraqueta”) y República Nro. 550, alrededor del año 2006.

Aunque en su mayoría, las ocupaciones finalizaron con el desalojo y la demolición de los inmuebles, en Chile a diferencia de otros países, no ha habido intervención del Estado, dado que éste no ha participado en la eventual compra o arrendamiento de los inmuebles, ni tampoco como en algunos casos de Europa, ha entregado subsidios a los ocupantes. Desde el punto de vista urbanístico, el movimiento nacional ha sido enmarcado en el contexto de la reocupación del centro histórico de Santiago, pero no en base a un criterio de mercado, sino que en cuanto a la revitalización de espacios destinados al disfrute gratuito de la comunidad.

“En este sentido los Okupas estarían invirtiendo el sentido mercantil de los edificios abandonados ya que no serían usados para habitación o negocio, sino que para una comunidad cultural que ve en dichas actividades, ofrecidas en forma gratuita a la comunidad el “pago recíproco” o “trueque” por el hecho de que la sociedad los deje ocupar dichos espacios” (Olguín, 2007, p. 19).

El Estado chileno, al igual que otros, considera estas ocupaciones como acciones ilegales. Según el artículo 606 del Código Civil, por la ocupación se adquiere el dominio de las cosas que no pertenecen a nadie, y cuya adquisición no es prohibida por las leyes chilenas, o por el Derecho Internacional. A su vez, el artículo 590 del mismo cuerpo legal expresa que son bienes del Estado todas las tierras que, estando situadas dentro de los límites territoriales, carecen de otro dueño (Ministerio de Justicia, 2000).

Con todo, para el Okupa el acto ilegal de habitar un inmueble, de lo cual mantiene clara conciencia, es plenamente justificado dentro de sus postulados. La ocupación es un instrumento y no un fin.

“Como respuesta a una necesidad de techo digno sin explotación, de espacios donde realizar actividades autónomamente sin mediaciones o dependencias institucionales. Por otro, hay quienes lo hacen como realización de un deseo de vivir autónomamente, de inventar formas de vida no condicionadas por la norma imperante: económica, cultural, sexual, afectiva” (Ortega, 2005, p. 53).

Un resquicio legal ampliamente utilizado por los adeptos al movimiento es el de encontrar casas abandonadas por herencia vacante, dado que la ley presume que quienes la habitan son los legítimos dueños. En definitiva, si bien para la ideología anarquista que inspira al okupa no existen las reglas del Estado, tampoco les mueve la intención de apropiarse de los inmuebles, sino que la idea es simplemente aprovechar las fallas del sistema jurídico (Ortega, 2005).

Al igual que en experiencias internacionales, es posible comprobar la relación de los grupos okupas con otras organizaciones sociales autónomas que se dedican a la difusión y práctica de ideas relacionadas al anarquismo, grupos autónomos y auto-gestionados que llevan adelante su vivir y convivir a distancia de los marcos institucionales convencionales. Muchas veces, estos colectivos independientes, también se hacen parte de alguna ocupación, sin embargo, en su mayor parte emplean los espacios facilitados por Okupas para llevar a cabo actividades asociadas a sus propios intereses (Monsalve, 2013).

Si bien es cierto que muchos autoidentificados anarquistas participan en repertorios asociados a expresiones Okupas, no lo es menos que la crítica que se genera en determinados sectores del anarquismo, ante la desnaturalización del Movimiento Okupa. En efecto, es posible observar que anarquistas indican que habitar una casa okupa es tan solo una expresión del hoy, dejando de lado que el conjunto global de relaciones sociales se encuentra territorializado por el capital, cuya abolición es para los anarquistas condición *sine qua non* para la existencia de una verdadera anarquía. Este desafío quedaría rezagado ante la simple práctica del vivir en una Okupa, reflejándose en un código claro y preciso, dado que las casas okupas no acaban con el capital (Reyes, 2016). Ligado a ello, desde el anarquismo se despliegan objeciones a la naturaleza clausurada y excluyente de los espacios okupas bajo forma de centro social y cultural, especies de cofradías cerradas a estéticas anarquistas que además representan finalmente un tema de propiedad (Reyes, 2016), siendo esto un contrasentido esencial para el *ethos okupa*.

Ortega (2005) sistematiza los objetivos y peculiaridades de los Okupas chilenos. Considera que existen cinco objetivos: 1) Tener una vivienda digna; 2) Abrir un espacio de debate y discusión para todo tipo de inquietudes; 3) Potenciar valores solidarios y tolerantes a través de actividades; 4) Facilitar un espacio a la realización creativa y a iniciativas alternativas a la oferta cultural de las instituciones y; 5) Reafirmar la existencia de centros sociales ajenos e independientes a cualquier política. Mientras que entre los rasgos diferenciales destaca su ideología anarquista, su objetivo abolicionista respecto del estado, su actitud de autodefensa y su paradigma antisistémico, lo que tiene un correlato en la naturaleza atrópica del movimiento, es decir, su intención declarada y practicante de agrupar a otros movimientos, naturalmente afines por lo primero, entre los que destacan movimientos sociales atingentes a causas ecologistas, de defensa animal y en general tendencias de raíz ácrata (Ortega, 2005).

En general en los Centros Sociales Okupas transitan una cantidad bastante numerosa y heterogénea de colectivos, agrupaciones y asambleas de barrio, microculturas juveniles que implican nuevas formas de etnicidad, por sobre vínculos religiosos, idiomáticos, territoriales o histórico – tradicionales, sino que cimentados sobre factores estéticos y escenográficos compartidos, en redes comunicacionales comunes y en la apropiación temporo – espacial a través de estrategias de ritualización permanente o eventualmente activadas (Millán, 2012).

Proyecciones sociales

En Chile el alcance final del movimiento Okupa se encuentra aún en desarrollo, siendo posible establecer que conforme a los mismos ciclos que sigue todo proceso de recepción cultural de elementos exógenos, aún le resta por asentarse y reformularse, pero la naturaleza contracultural del fenómeno Okupa puede generar impactos relevantes a nivel social, toda vez que el movimiento se mantiene en evolución a la par del proceso globalizador que impacta tanto a nivel nacional como internacionalmente, cuyos efectos sobre el sistema capitalista, se encuentran en un estado de avance más tardío.

El movimiento Okupa en su versión nacional se plasma en base a los postulados de conflicto cultural que le son propios desde sus antecedentes. Por tanto, es necesario indagar con detención y sin distracción en su capacidad de impacto y generación de adhesión, con el fin de conocer y proyectar adecuadamente sus efectos sobre las conformaciones de los imaginarios de los movimientos o grupos sociales que pueden ser más permeables a su mixtura o influencia. La propuesta Okupa no deja de ser atractiva especialmente para la juventud o grupos ajenos o al margen del sistema capitalista - neoliberal que organiza la estructura social económica de un país.

Los efectos no resueltos, impensados o no controlables de la implantación del sistema pueden abrir terreno fértil para una mayor adhesión discursiva y práctica del movimiento, como una forma de reacción a la desafectación – real o ideal – del sistema frente a las posibilidades de desarrollar los proyectos de autonomía o desarrollo individual. La riqueza imaginaria del movimiento se presenta como de alta recepción para quienes se sienten al margen del sistema, entregando nociones vinculadas a la libertad y autonomía que el sistema tradicional no reporta. La propuesta de una vida lúdica, alternativa, diversa y solidaria, base de una existencia libre de presiones y coerciones sociales hace de su mensaje un factor de alta convocatoria. No obstante, en la práctica las condiciones no son especialmente atractivas para el movimiento, dado que no existen elementos facilitadores a nivel societal para ello, por lo que sus convocatorias, más que atraer a la comunidad social general en la cual se encuentra inscrita cada comunidad Okupa, se transforma en un llamado a adeptos migrantes que se desplazan para sobrevivir más que para convivir y su carácter nómada los hace resistentes al cambio dado que ante la erradicación, es muy probable que se trasladen hacia otras bases de acción territorial.

Su presencia genera temor social, que hoy en el contexto de una política macro que normaliza la sospecha respecto del otro, como lo exhiben estudios de calidad humana que dan cuenta de la desconfianza y el temor de salir a la calle a tratar con extraños, los transforma en un núcleo que potencia la sensación de inseguridad (Olguín, 2007).

Proyecciones políticas y delictuales

El descontento juvenil ante su tardía inclusión en el sistema laboral y económico, además del impulso e inmediatez que generan las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, hacen que el impacto del movimiento Okupa a nivel político proyecte perspectivas necesarias de observar. La propuesta ideológica Okupa es especialmente bien recibida por los más jóvenes que buscan mecanismos de participación política alternativa, es decir, ajenas a los medios tradicionales, identificados con la denominada política partidista tradicional. Es así como tradicionalmente tanto a nivel global como particular, se les ha vinculado a manifestaciones políticas o sindicales polarizadas, extrsistémica o antisistémica, constituyendo un nicho que en Chile aún se encuentra en período de evaluación, pero que en un corto plazo es perfectamente apreciable al examinar la presencia de ideologías Okupas en convocatorias o expresiones similares de movimientos alternativos o antisistémicos.

La evidencia disponible da cuenta de la existencia de ciertos vínculos reales de las colectividades Okupas con una serie de acciones potenciales o efectivamente delictuales, subversoras o violentas, aunque en ellas normalmente se presenta una mixtura de procedencias sociogrupales y políticas (Martínez, 2001). Entre estas acciones destacarían su presencia en manifestaciones, concentraciones, disturbios en la calle, sabotajes, daños, acciones simbólicas (cambios de banderas y nombres de calles), ocupación de propiedad privada y pública, entre otras.

DISCUSIÓN

El movimiento Okupa, en su vertiente internacional y nacional, posee una naturaleza de movimiento social contracultural, en su ideología y en su praxis de alcance revolucionario. En lo fundamental rechaza la jerarquización y la estructura social vertical tradicional, postulando una forma de organización asamblearia, autogestionada y autónoma, desechando toda forma de conexión con las instituciones estatales, políticas y sindicales tradicionales.

Se presenta principalmente como una actitud ante la vida, con un sustrato ideológico que rechaza el actual sistema económico, el consumismo y la exclusión laboral. Sus tres grandes ejes son el antifascismo, el antirracismo y el pacifismo, aunque la violencia puede ser utilizada en el contexto de la acción revolucionaria en post del cambio social que promueven. Su posición simbólica y cultural discrepa y desafía la idea del estado moderno, lo que le confiere socialmente identidad y fuerza.

El caso chileno no escapa a los patrones normativos, referenciales, ideales y materiales, de sus similares internacionales, siendo los españoles e italianos los de mayor influencia en Chile. A nivel nacional, el movimiento tiene proyecciones sociales, políticas y delictivas de relevancia que merecen la atención más allá de lo que reporten los *mass media* o la inexacta aproximación de este movimiento a una simple tribu urbana. En lo político se encuentra ligado a movimientos no tradicionales o marginales al sistema vigente.

El Movimiento Okupa es de significativo interés para el trabajo criminológico y policial, especialmente sus manifestaciones culturales relacionadas con postulados y repertorios de protesta en los que se encara al sistema tradicional, especialmente libertades civiles, el trabajo, la defensa de los derechos de primer orden y de minorías, las demandas ecológicas, la distribución de la riqueza, entre otros. Estas nuevas disidencias son respuestas a modelos económicos, políticos y culturales racionalizados, internalizados en el mundo occidental contemporáneo y sus mercadocracias (Millán, 2012). La congruencia entre estos y el movimiento Okupa plantea una necesaria reflexión y ejercicio anticipativo para todas las instancias de investigación científica, criminal, de inteligencia y delictual.

Financiamiento: Autofinanciado

Conflictos de Interés: Los autores declaran no tener algún conflicto de interés.

Recibido: 15 de mayo de 2019

Aprobado: 15 de octubre de 2019

REFERENCIAS

- Cooper, D. (2007). *Ideologías y Tribus Urbanas*. Santiago, Ediciones LOM.
- Del Solar, F. & Pérez, A. (2008). Anarquistas. Presencia Libertaria en Chile, Santiago, RIL editores, 2008.
- Feixá, C.; Costa, M., & Pallarés, J. (1999). Movimientos Juveniles en Cataluña: De los Okupas a los Ravers, Lérida, Universidad de Lleida. Recuperado de: <https://www.oocities.org/terrats/jovenes/feixa.htm>
- Giddens, A. (2001). *Sociología*. Madrid, Alianza.
- González, F. & Labra, M. (2010). *El sentido de la lucha al margen de lo legal: movimiento Okupa en Santiago de Chile*. Santiago, Universidad Diego Portales.
- Javaloy, F., Rodríguez, Á. & Espelt, E. (2001). *Comportamiento Colectivo y Movimientos Sociales*. Madrid, Prentice Hall, 2001.
- Martínez, M. (2001). Para entender el Poder Transversal del Movimiento Okupa: Autogestión, Contracultura y Colectivización Urbana, Salamanca, Ponencia del VII Congreso Español de Sociología, 2001. Recuperado de: <http://uni-lliure.ourproject.org/wp-content/uploads/2011/10/2-3-para-entender-el-poder-transversal-del-movimiento-okupa.pdf>
- Millán, C. (2012). *Juventud y Tribus Urbanas. La casa okupa La Marraqueta*. Barcelona, Universitat de Barcelona.
- Ministerio de Justicia (2000). D.F.L. Nro. 1 publicado el 30.05.2000. Recuperado de: <http://bcn.cl/1uu74>
- Monsalve, W. (2013). *Movimiento Okupa: Praxis, redes sociales y formas de acción colectiva*. Santiago, Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile. Recuperado de: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/130699/TESIS%20MAGISTER%20SOCIOLOGIA%20MOVIMIENTO%20OKUPA.%20PRAXIS,%20REDES%20SOCIALES%20Y%20FORMAS%20DE%20ACCI%D3N%20COLECTIVA.pdf?sequence=1>
- Olgún, R. (2007). Ciudad y Tribus Urbanas: El Caso de Santiago de Chile. *Revista Electrónica DU&P, Diseño Urbano y Paisaje*, 3 (10), 4-18.
- Ortega, A. (2005). *Okupas en Chile: la lucha por el espacio*. Santiago, Universidad Andrés Bello.
- Reyes, C. (2016). *Anarquismo actual en Chile: Subjetividad y prácticas de saberes en actores antagónicos a la organización de la cultura dominante*. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide.
- Tieghi, O. (1996). *Tratado de Criminología*. Buenos Aires, Editorial Universidad.
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos?*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.